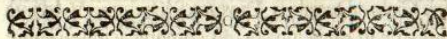


demente los corazones de los que le oían : comenzó su predicacion de los veinte y ocho à los treinta años de su edad. Ganò à su comunicacion al Padre Contreras, y algunos Clerigos virtuosos, que le trataron mucho, y se aprovecharon de su doctrina. Predicaba tambien en los Hospitales : eran copiosos los auditorios. Comenzò asimismo à dar orden en las Escuelas de los niños, y predicar la Doctrina Christiana por las plazas, y en estos exercicios perseverò en Sevilla por algun tiempo, que por ser el mas antiguo de su predicacion, se tiene poca noticia de sus efectos, que sin duda fueron grandes.

Es muy digno de saberse como lo pascò en Sevilla en el tiempo que esperaba embarcacion, y comenzó à predicar, y no era tan conocido : preguntadoselo un discipulo suyo, le respondió, que moraba en unas casillas con un Padre Sacerdote, sin tener nadie que le sirviesse: y así quando iba à decir Misa, pedía à algunos de los que allí se hallaban, que le ayudassen à Misa. Y en quanto à la comida, dixo, que comía de lo que passaba por la calle, leche, granadas, y fruta, sin haver cosa que llegasse al fuego, y que algunas personas devotas le hacian algunas veces limosna, con que lo compraba : estos fueron los regalos del nuevo Predicador: poco se mejoraron quando mas conocido, y estimado; tiene su abstinencia lugar en el tercero libro.

CA.



CAPITULO VI.

DENUNCIAN AL MAESTRO AVILA
en el Santo Oficio, y su suceso.

Honroso, y meritorio es el oficio de Predicador, y igualmente de peligro. Confagròse con su Persona Christo nuestro Señor, que no labemos dixesse mas de una, ò dos veces Misa. Bautizó sola una vez, ò pocas mas, segun dicen algunos; mas en los tres ultimos años de su santissima vida predicaba cada dia, y en algunos muchas veces. Este fue el oficio de los Apóstoles, de los Discipulos del Señor, de los Doctores de la Iglesia, y es propio de los Prelados, y Obispos sus sucesores, que como Pastores han de sustentar su ganado con doctrina sana, y fiel: el merito es grande, el fin altissimo, resucitar las almas, encaminarlas al Cielo, cooperar à la salvacion de los hombres, alumbrar su ignorancia, fazonar las costumbres, librar de errores, animar los pusilánimes, hacer los hombres Angeles: son los que edifican la Iglesia, pueblan el Cielo: estas son las Estrellas, que resplandecen en eternidad perpetua, los que por la enseñanza

D 2

ad-

adquieren laureolas celestiales, y obrando, y enseñando, son grandes en el Reyno de los Cielos.

Por otra parte son los peligros igualmente grandes; porque si el Predicador no cumple con lo que pide su oficio, si procura, ò no huye el agrado de los hombres, si atiende al regalo del oído, y deleytar el entendimiento del oyente antes que à mover la voluntad, y cuida de la cultura de palabras mas que de las costumbres, y en fin, si con la agudeza de los conceptos se predica mas à sí que à Jesu-Christo, es evidente el riesgo, y un modo de alevosia pesada. Semejable (dice nuestro gran Maestro en una Carta) al que fuesse à decir à una doncella, que la queria por muger el hijo del Rey, si ella queria dar consentimiento, y el tal mensagero grangeasse para sí la que havia de ganar para el hijo del Rey. De esta predicacion tan asseada, y tan culta, sin vigor, y sin el espíritu, decia el Venerable Padre Gaspar Sanchez, de la Compañia de Jesus, illustre Interprete de la Sagrada Escritura, Varon de gran santidad, que era la mayor persecucion, que padecia la Iglesia de Dios en estos tiempos. Van dilatando su imperio la ambicion, y la avaricia, y los vicios deshonestos. La usura, y la simonia, disimuladas con un honesto trage, pasan entre los contratos, y donaciones licitas, sin haver quien les diga una palabra. La profanidad, los tra-

ges,

ges, brotan sensualidad, por nombrarse no se reprehenden. El olvido de Dios, y de sus leyes dan clamores al Cielo: han pasado à muchos hombres los trages, y vicios de las mugeres. Los tiempos nunca peores, un dia de escandalo, un siglo es de perdicion. Todo va caminando en tinieblas, la lumbré de la razon obscurecida con el humo de la vanidad. Los sentidos atropellan las potencias: el apérito se ha alzado con el navio: las publicas costumbres perdidas: no hay detener el raudal de la relaxation: llevase los remedios trás de sí si Dios no pone remedio: cada uno se busca à sí, y se halla, que es lo peor: aquello que es sustentarse con el cuidado de muchos al todo, perció. Tratan los particulares de sus particulares: desvanecense lo publico: vafse perdiendo muy apriessa todo, no solo en lo temporal, sino en lo eterno, que el dispendio de las vidas ya es poco respeto de la ruina de las almas. Crecen en las costumbres los vicios, y totalmente triunfa lo insolente de lo honesto: la mentira se burla de la verdad: el cuerdo, y recatado es ya rifa de las gentes. Tiene la sobervia à la humildad en cadena, y errada como esclava à la razon: los vicios extraordinarios ya son comunes: el pie se assienta seguramente sobre lo que antes tembló la tierra al pisarlo: no causa el vicio desprecio, sino aprecio; aplaudido el malo, como pu-

dic-

diera el bueno. Grandísimos pecados, yá son galanterías, y bizarría el escandalo: los nombres de las cosas acreditan las maldades, extenuan los delitos: la honra, un tiempo embarazo del pecado, yá se fue, conquistada del poder, vencida por el dinero: las ofensas de Dios se aumentan, ni los castigos nos mejoran, ni los escarmientos nos avisan: fardos como en las riberas del Nilo, sus habitadores al ruido con que desembocan sus aguas. La Corte, Cabeza de la Monarquía, trae con su grandeza à sí los vicios de todo el Orbe, como rios caudalosos la inundan en perdición. Al estruendo de las cosas temporales enfordecemos, y quando bien se siente el golpe comun, passa brevemente con el divertimiento el dolor, y con el dolor la enmienda. La Religión padece gran persecucion de nuestras culpas: afligen mucho nuestros pecados la Iglesia: perseguido de los Catholicos Christo con los pecados, poco menos que los Hereges con las armas, y los libros, y con circunstancias de mayor dolor. Dexamos à Dios, y dexanos à nosotros: resistimos à su voluntad, y dexanos en la nuestra. Mal servido està de nosotros Dios Poderoso, y enojado, ni quando nos castiga le tememos, ni quando nos perdona le amamos.

Esto se sufre decir del estado de las cosas, la enmienda, y el reparo de tan grandes males, cor-

re en gran parte por cuenta de los Predicadores: sal son de esta corrupcion, medicina de estas llagas, luz de tantas tinieblas: no se curan dolencias tan peligrosas con lenitivos suaves de canciones desleídas, cauterios piden, rigor, fuego. Dice Dios à cada Predicador con su proporcion, lo que al Profeta: *Ecce dedi verba mea in ore tuo, ecce constitui te hodie super gentes, & super Regna, ut cuellas, & destruas, & disperdas, & desisipes, & edifies, & plantes.* Y quiera Dios no alcance à nuestro siglo la lamentable voz de Jeremias: *Propheta tui viderunt tibi falsa, & stulia, nec aperiebant iniquitatem tuam, ut te ad penitentiam probocarent.* Y esto por seguir el Pueblo, que les dice: *Nolite aspicere nobis ea quæ recta sunt, loquimini nobis placentia, vide nobis errores.*

Por el estremo contrario, no son pocos los riesgos del Predicador Christiano, si se predica de veras, danse à muchos pesadumbres, malas nuevas: riñase con poderosos; en fin, son centinelas, y atalayas, que si dan con la vocina el aviso de enemigos, suelen caer en sus manos. A quantos hemos visto arrojados por el enojo de un Principe, ò recelos del Privado, y passar en un rincón los mas floridos años de su vida, defraudando à la Iglesia de talentos, de importancia, castigados, mereciendo loa? A quantos han llevado al Santo Oficio

oyentes ignorantes, ò malevolos? y muchos mas son los denunciados à los que el Santo Tribunal no llama, por el gran tieno con que en estas materias se procede. Y afirma un experimentado, que si los Inquisidores huviesfen de llamar todos los Predicadores denunciados por oyentes ruines, no havia quien predicasse. Estos son los mas ciertos gages de los que predicán de engaños, y verdades, aun cortelana, y prudentemente dichas. Cofròle al Bautista una verdad la cabeza, y muchas à Jesu-Christo la vida, y raros de quantos han exercitado este oficio Apostolico, apostolicamente han dexa lo de haver padecido mucho, mas haies dado Dios muy grandes premios.

Fue el Venerable Maestro Avila insigne exemplo de estas experiencias: predicaba con zelo, y espiritu del Cielo: aseaba los vicios: reprehendia las coltumbres: decia con viveza las verdades Evangelicas, las sentencias de los Santos, y Doctores de la Iglesia, con aquella sinceridad, y llaneza, que ellas tienen; mas dichas con tal vigor, que eran unos dardos penetrantes, arrojados con un valiente brazo. Ofendidos algunos presumidos, que acafo imaginaron, que de intento se asentaban à sus vicios, le denunciaron en el Santo Oficio en el Tribunal de Sevilla, calumniando las proposiciones, ò exagerandolas, ò torciendo el verdadero sentido,

tido, decian, que cerraba la puerta de la salvación à los ricos, (como si la facilitara el Evangelio) y otras cosas de esta calidad, y acafo mas peladas.

Prendieronle hasta averiguar la causa (duro golpe en un hombre honrado!) pierdesse de contado la opinion con muchos, que no saben, ò no quieren distinguir entre la prisión, y la sentencia, que aun favorable cura agriamente el credito. Lo estrecho, y desacomodado de la carcel, la soledad, y otras penalidades, son de mayor afliccion, que en el mundo pueden suceder à un hombre de discurso, mayormente tan conocido, y de tan gran opinion. Portòse en esta ocasion el Varon santo con una rara paciencia, y sufrimiento, y una confianza en Dios maravillosa, con tanta paz, y quietud de animo, que espantaba à los mismos Oficiales. Fuese el processo fulminando, con el tieno que usa el Santo Tribunal. La defensa que hizo fue, dexar la causa à Dios, confiar que en tales manos no padeceria su inocencia. Aconsejale el Maestro Parraga, de la Orden de Santo Domingo, Varon de grandes letras, edad, y fantidad, que tachasse los testigos, dandole muy concluyentes razones para hacerlo; no pudo conseguirlo: respondia estaba muy confiado en Dios, y en su inocencia, y que èl le salvaria, pues Dios nuestro Señor (como dice San Agustín) no ama,

y desampara, mayormente en el tiempo de la tribulacion, antes en el Psalmo, hablando del Varon Justo, dice: *Con el estoy en la tribulacion, librarme, y glorificarlohe*, como se verificò en este seruo suyo.

Esforzabase la calumnia de los contrarios con tan poca resistencia; mas nuestro Señor no faltaba: asítiòle en la prision, y le hizo señaladas mercedes, en particular lo que estimò en gran precio, fue el darle un alto conocimiento del Mysterio de Christo; esto es, de la grandeza de la gracia de nuestra redempcion, y de los grandes teloros que tenemos en Christo para esperar, y grandes motivos para amar, y para alegrarnos en Dios, y padecer trabajos alegremente por su amor. Estimò toda su vida por dichosa esta prision, pues por ella aprendiò en pocos dias mas que en todos los años de sus estudios: tan grande premio tuvo el padecer por la justicia, y hacer con fidelidad su officio.

La causa se fulminò, teniendo el campo por suyo sus contrarios, esforzando su calumnia, sin la mas ligera oposicion del reo. Cuentan, que estando muy adelante el pleyto, le dixo uno de los Jueces: Padre Maestro, su negocio està en las manos de Dios. Queriendo decir, estava en muy peligroso estado; èl con gran confianza en la providencia, y misericordia divina, con un semblante

ale-

alegre, respondiò: Nunca ha tenido mi negocio mejor estado, hasta aqui han hecho los hombres, aora hara Dios. La sinceridad de sus palabras, aquella seguridad, y modestia, que mostraba indicios de un animo inocente, obligò à reparar, y preguntarle, si tenia algunos enemigos: respondiò, que nunca havia dado ocasion, que hombre alguno le fuesse con razon; mas que podia haver algunos ofendidos de las verdades del Pulpito: nombrò los que sospechaba, que se hallaron ser acusadores, y testigos. La fama ha esparcido varias cosas, como en los casos de los hombres grandes, cerca del modo como el Venerable Varon falliò libre de este trance; en lo que mas conforman es, que uno de los conjurados escriviò una carta à otro, exortandole à la perseverancia en la ratificacion de su dicho, con palabras, que daban à entender, que la dilacion havia sido venganza: como vino la carta al Tribunal tambien se varia mucho: lo cierto es, que este caso tuvo mucho de milagro, y que campeò la divina providencia, que nuestro Señor tiene de los suyos. Finalmente, à pocos lances se descubriò su virtud, y fantidad de su vida, y la verdad, y sinceridad de su doctrina, y que todo havia sido una conjuracion, y calumnia.

Declaròle por libre: habitaba en el am-

E 2

pa-

paro del Altísimo: ayudòle la proteccion de Dios del Cielo. Deciale à Dios, y Señor, mi Valedor eres tú, y mi refugio: en tí esperarè, Dios mio, porque tú me librarás del lazo de los cazadores, y de la palabra aspera: tus espaldas me haràn sombra, esperarè debaxo de tus alas: tu verdad me cercarà como escudo contra las saetas, que vuelan de dia, y el negocio que anda en las tinieblas. Por esta confianza experimentò con efecto aquellas palabras: Porque esperò en mí le librarè, ampararèle, porque conociò mi nombre. Clamò à mí, y yo le oirè: con él estoy en la tribulacion, salvarle, glorificarle, llenarle de longitud de dias, mostrarle mi salud; esto es, aquella salud, que el Santo Viejo Simcon cantò, que se havia de revelar à las gentes, y ser gloria del Pueblo de Israel.

Ordenò el Santo Tribunal, que predicasse un dia de Fiesta en la misma Iglesia, donde de ordinario predicaba, que era en San Salvador, Iglesia grande, y Colegial de Sevilla: y en apareciendo en el Pulpito, quando iba à comenzar su Sermon, sonaron trompetas, y chirimias, señales de su victoria, con grande aplauso, y consuelo de la Ciudad. Mas él, por cumplir lo que el Salvador nos aconseja, comenzó el Sermon, exortando los oyentes à que hiciesen oracion por los que le ha-

vian

vian calumniado. Acabado el Sermon, dixo, que mayor tentacion havia sido para su carne el haberle tocado las chirimias, que todas las que tuvo estando preso. Pensò el demonio quitar, con este golpe, de la Iglesia este gran caudillo del Exercito de Dios, que dilataba el Reyno de los Cielos; mas sucedió al contrario, porque desde este dia fue mayor su opinion con los doctos, su estima con los Señores, su veneracion en el Pueblo. Saliò acrisolado en las virtudes de paciencia, resignacion, fe, esperanza, amor, y perdon de enemigos; conocimiento grande del valor de los trabajos.

sup Otra persecucion se llegó à la passada; no de tanto cuidado, mas que fuele ser harto molesta: fue la emulacion, y envidia de algunos Predicadores, que viendo la fama, y gran concurso de sus Sermones, y viendose así olvidados, tuvieron por injuria propia la prosperidad agena, que procuraban defacreditar por varios modos: flaqueza que alcanza à muchos; en algunas artes fácilmente se conocen ventajas; en la de la oratoria raras veces, por lo que tienen de ingenio, en que se cede dificultosamente. De estas contradiciones padeciò muchas, mayormente à los principios de su predicacion, hasta que la grandeza de su virtud, y eminencia en el Pulpito venció la em-

bi-

bidia, que à poco tiempo se trocó en veneracion.

Nunca por estas persecuciones perdió la paz, y serenidad de su alma, que conservò siempre entera: no se le oyò palabra contra sus emulos, antes procurò por todos medios hazonarlos, y sacarlos aquella espina del corazon. Los que intentaron dañarle, le dieron materia para merecer: que el Justo sabe hacer de piedras pan, y saca de la ponzoña medicina, y de las pérdidas de otros crecen sus aumentos. Dixo el Venerable Maestro Avila à uno de sus mas confidentes discipulos, que havian sido grandes los provechos, que estas persecuciones havian causado en su alma.



CAPITULO VII.

*DE LA GRAN EMINENCIA
de la predicacion del Maestro Avila, y de los grandes
talentos que tuvo para ella.*

HAN sido muchos los que con erudicion, para la enseñanza publica, han formado un Principe perfecto, un Governador, un Capitan cabal, un Prelado, un Sacerdote, que con-
de

de todas sus perfecciones: empresa no dificultosa, porque juntando las partes necessarias, que componen un sugeto de estos, pidiendolas en grado levantado, forman unas ideas, que passan los terminos de posibles, y nunca llegan à que los toquemos con las manos.

Es sin duda providencia mas dificil describir cabalmente las grandes persecuciones, que se juntaron en el Maestro Avila en el oficio de la Predicacion del Evangelio, à que le llamó nuestro Señor, porque por mucho que se diga de su valentia en el decir, la fuerza de su elocuencia, el fervor de su espíritu, del zelo de la salud de las almas, la eficacia de sus palabras, el trasfegar corazones, la mudanza de costumbres, aun no puede cabalmente percibirse la eminencia de la predicacion de este Varon Apostolico. Era forzoso tener alguna experiencia, que yà es imposible alcanzarse. Es una cosa leer las conversiones de varios pecadores, las vidas mejoradas, los hombres sensuales trocados en Serafines: otra oyendo la voz viva de aquel Orador divino, sentir en sí mismo estos felices efectos, el corazon clavado: trasfegarse el animo; hallarse el hombre mudado en un momento, porque al modo que si oimos las mercedes sobrenaturales, que hace nuestro Señor en la oracion à los Santos, los soberanos deleytes que les comuni-
ca,

ca, y aquella marea divina, que es una participacion de los gozos de la gloria, si bien concebimos en el entendimiento ser una cosa grande: y por mucho que vuela el pensamiento, queda corto, porque no puede alcanzar que bien es este, sino es quien lo experimenta: así dificultosamente puede percibirse como fue la eficacia, y los efectos de esta predicacion tan sobre humana, de que solo pudieron hacer juicio los que por su buena dicha la gozaron; mayormente en siglo que vemos tan poco de esto; mas con la divina gracia procuraré, quanto alcanzaren mis fuerzas, juntar lo que de este gran Predicador he hallado escrito, á gran peligro de que en mi pluma mengue mucho.

Determinó por primer fundamento, para acertar este camino, buscar una guia á quien pudiesse seguramente seguir: no halló otra mas conveniente, que el Apostol San Pablo, dado por Predicador de las Gentes, á quien procuró imitar en obras, y palabras, en el largo discurso de su vida. Ni esto tuvo por soberbia, pues el mismo Apostol combida á todos los Fieles á seguirle, diciendo: *Hermanos, sed imitadores míos, como yo lo soy de Christo.* Y aunque este exemplo es tan alto, que nadie puede llegar á él, ni aun acercarsele; empero, como dice Quintiliano, mas

altos

altos subirán los que se esforzaren á subir mas alto, que los que perdida la esperanza, se abatiere vilmente. Con este intento hizo particular estudio en las Epistolas de San Pablo: llegó á faberlas de memoria, fue su principal caudal. Quando comenzó á predicar havia en España muy moderadas letras, y muy poca inteligencia de las Epistolas del Apostol, de las grandes profundidades, y Mysterios, que en ellas están encerrados. Este gran Varon trabajó mucho por penetrar estos secretos: comenzó á explicarlas, y citarlas en el Pulpito con grande agudeza, y sutiliza, diciendo cosas maravillosas. Parece que para su inteligencia tuvo particular luz, y focorro del Espiritu Santo, muy semejante al de San Juan Chrylostomo, porque se vieron los efectos mismos, que alcanzó el Apostol al Santo Doctor Griego: fue otro Chrylostomo en el Pulpito, en el zelo, y conversion de las almas, si bien muchos juzgaron el espiritu de nuestro santo Maestro haver tenido algo mas de suavidad; de aqui nació la gran devocion que tuvo á San Pablo, con un singularísimo amor, y reverencia: predicaba de él cosas maravillosas, y le imitó, entre otras virtudes, en la prudencia, y en la desnudez, y amor á los proximos, en las cartas, y caminos.

Constan las partes del Predicador, de lo adquirido, y infuso, de lo que alcanza con su traba-

Tom. I.

E

jo.

jò, de lo que Dios nuestro Señor le comunica por su bondad inmensa, para hacerle perfecto en su oficio: obra tan de su mano. Las letras de nuestro Predicador fueron grandes, la Theologia Escolastica, y Moral, tan necessaria al Pulpito, la supo con eminencia: fue Varon doctíssimo, era de grande ingenio, y agudeza, à que se llegó un continuo estudio. Puso el principal trabajo en adquirir conocimiento general, y grande de la Sagrada Escritura, principal materia de los Sermones: abrióle la puerta de su inteligencia el que tiene la llave de David, que él solo la abre à quien es servido: sabia la Escritura con grande magisterio: tenia toda la Biblia de memoria, y qualquier lugar que oia decir, citaba el capitulo, y hoja en que citaba.

Llegò con el trabajo, y principalmente con la gracia, y luz del Espiritu Santo, à tan gran facilidad, y destreza en el estudio de sus Sermones, que no havia menester para formarlos mas que la noche precedente al dia que havia de predicar. Obligabanle à cuidado los copiosos auditorios, y con durar dos horas, las mas veces, los Sermones, no le costaban mas que el estudio de una noche, y parece gastaba mas tiempo en predicarlos, que en prevenirlos. Havia hecho (como de Nepociano dice San Geronymo) su pecho una libreria de

Christo.

Christo. Al grande Antonio la memoria le servia de libros, y el Maestro Avila tenia en su alma por libros la lumbré del Espiritu Santo, que le enseñaba lo que havia de decir. Determinò en un tiempo ser mas breve en los Sermones, y esto le costaba mas trabajo: tantas eran las riquezas, y tanta la affluencia de las cosas que su espíritu le ofrecia, que le costaba mas estudio, no el hallar que decir, sino acortar lo que se le ofrecia.

Predicaba con tanta facilidad, y claridad, que le entendian todos, explicando la Escritura, y Expositores de ella: y tenia tal agrado, y dulzura en el decir, y fuerza en el persuadir, que durando de ordinario los Sermones (como hemos dicho) dos horas, nunca se cansaban los oyentes, ni aun los que estaban en pie, y quando acababa les pesaba, pareciendo se privaban de oír un Angel, y así lo decian, y no se cansaban de le alabar, y engrandecer la sana doctrina que enseñaba: y por maravilla hizo Sermon de que no se sacasse fruto, y muchos mudassen de vida.

Llevaba el Sermon muy bien trazado, como persona de tantas letras, y ingenio; mas tenia por estilo, que yendo de camino, prosiguiendo su intento principal, iba sacando de lo que decia algunos breves avisos, y sentencias, para diversos propositos, ò para esuero de tentados, ò con-

F 2.

sue-

fuelo de tristes, ò para confusion de sobervios: y para personas de diversos estados, daba varios documentos. Llamaba un hombre docto à sus Sermones, una red barredera: y no con menor propiedad el Padre Fray Luis de Granada los comparò al arcabuz cargado de mucha municion, que de un tiro hace mucho estrago: el santo le hacia en varios vicios, dando en todos con gran destreza, y valor. Tampoco se contentaba en dar doctrina en comun, ò por mayor decencia, à tratar en particular, y dar los medios con que havian de adquirirse las virtudes, como exercitarse las buenas obras; y por el contrario, daba particulares avisos como se havian de huir las ocasiones, los vicios, y evitar los pecados: instruía finalmente à sus oyentes, como un Maestro de Novicios en la virtud: con este magisterio cogió abundantes

frutos.



CA-

CAPITULO VIII.

PROSIGUE LA MATERIA

del Capitulo passado de los dones sobrenaturales, que nuestro Señor le dió en orden à la predicacion.

Entre lo sobrenatural, y infuso tuvo el primer lugar en este gran Maestro el amor que tuvo à Dios: fue encendidísimo: dióle grandes ayudas, grandes fuerzas para exercitar fructuosamente tan importante oficio: esta llama del Amor Divino, que ardía en su corazon, le daba unas palabras abrasadas, que prendian en las almas este mismo fuego. Preguntó un dia un virtuoso Theologo, que avisó le daba para predicar con fruto? Respondióle brevemente: Amar mucho à nuestro Señor. Esto dixo, por la experiencia que tenia de las grandes fuerzas, que le havia dado este amor para haver llegado à tan superior eminencia. Estudiaba sus Sermones, como otro Santo Domingo, en el libro de la caridad, que le daba, como al gran Patriarca, excelentes cosas que decir. Nacia en él de este amor una sed insaciable

ble de la gloria de Dios; y porque èl es glorificado en la santidad, y pureza de la vida de sus criaturas, de aqui se originaba un entrañable deseo de que todos tuviesen esta pureza; y así, al passo de este afecto amoroso era incansable, sin perdonar trabajo dia, y noche en procurar la salvacion de las almas, teniendo à suma felicidad perder la salud, y vida en esta empresa. Este zelo, y este amor, en que andaba tan encendido, y transformado, le traxeron predicando por tantas Ciudades, y Pueblos, como veremos, sin que tratasse, ni pensasse en otra cosa, que en salvar las almas, poniendo para este fin varias industrias, y medios, que eran como centellas vivas, que procedian del fuego que ardia en su corazon, y le causaban estos deseos.

De este gran amor de Dios procedió el que tuvo al proximo, que verdaderamente fue excesivo: amaba à todos con un amor ternisimo, como si fueran sus hijos, con que robaba, y cautivaba los corazones, y hacia que amassen, y estimassen su doctrina, por ser del Maestro, que tanto amaban; porque quando la persona es agradable, lo son todas sus acciones. Fue esta su benevolencia un medio efficacissimo para cazar las voluntades, y es cosa que no se puede determinar facilmente, con que ganó mas almas para Chris-

to, si con las palabras de su doctrina, ò con la grandeza de la caridad, y amor, acompañado de buenas obras, que à todos hacia; porque así amaba, así se acomodaba à las necesidades de todos, como si fuera padre de todos, haciendose como dice el Apostol) todas las cosas para todos. Consolaba los tristes, esforzaba los flacos, animaba los fuertes, focorria à los tentados, enseñaba à los ignorantes, disputaba los perezosos, procuraba levantar los caídos; mas nunca con palabras aspéras, sino amorosas, no con ira, sino con espíritu de mansedumbre. Todas las necesidades de los proximos tenialas por suyas, así las sentia, y las procuraba remedio, quanto alcanzaban sus fuerzas; con esto se juntaba una singular humanidad, y mansedumbre, que son las virtudes que hacen à un hombre amable. Era tan especial el amor que mostraba à todos, que los que con él trataban, se persuadian, que cada uno era el mas privado de todos, y singularmente amado: así amaba à todos, como si para cada uno tuviera un corazon; de aqui nacia, que aficionados los animos se imprimian vivamente sus palabras. De esta manera, este prudente Ministro del Evangelio, con este amor ablandaba la cera de los corazones, y con la palabra de Dios imprimia el sello de la doctrina en ellos.

Mas como no hay amor sin dolor, como el amor que tenia à sus hijos espirituales, le hacia con grandes ansias procurar la salud de sus almas, y se alegraba del remedio de ellas, assi por el contrario, sus caídas le eran de gran dolor, y sentimiento; padecia su corazon un martyrio lastimero en ver la muerte espiritual de qualquiera de sus hijos, porque les amaba como verdadero padre. Sabia estimar el mal de un alma, que pierde à Dios, que le ofende, que aumenta el Reyno del demonio. Lloraba por los que en su manera llorara los Angeles, y el Señor de los Angeles llorara, y moriria otra vez, si posible fuese. Fue grande su zelo, y espíritu, y el deseo de la salvacion de las almas, y à este passo sentia sus caídas.

Junto con este amor de Dios, y el proximo, tuvo otro don especialissimo del Espíritu Santo: fue un gran fervor, y un espíritu vehemente, para mover los mas endurecidos corazones. Esta era una viveza, un espíritu ardiente, que no hay palabras que puedan bastantemente explicarle: tenia uno como imperio sobre los corazones. Provocaba este espíritu en un zelo ardentissimo, que tenia de la salvacion de las almas, y una hambre de su conversion, don tambien del mismo Espíritu Santo. De aqui decia, que quando havia de predicar, su principal cuidado era ir al Pulpito templado,

en que daba à entender, que como los que cazan con aves procuran, que el azor, ò el falcon, con que han de cazar, vaya templado; esto es, con hambre, para que vaya mas ligero tras la caza; assi procuraba ir al Pulpito, no solo con actual devocion, sino con una muy viva hambre, y deseo de ganar en aquel Sermon alguna alma para Christo, porque esto le hacia predicar con mayor impetu, y fervor de espíritu. Era grande el ardor, y deseo, que este grande amador de la honra de Dios tenia de engendrar hijos espirituales, que le honrasen, y glorificasen. Este mismo deseo le daba, no solo fervor, y eficacia para predicar, sino tambien le dictaba cosas con que prendiese, y hiriese los corazones. Salian sus palabras, como factas encendidas del corazon, que ardia, y hacia tambien arder los corazones de los oyentes. De esta mocion es materia la mayor parte de esta Historia; basten por aora dos grandes testimonios. Dice à este intento el Padre Fray Luis de Granada estas palabras: „ Un dia oíle yo encarecer en un „ Sermon la maldad de los que por un deleyte „ bestial no dudaban de ofender à nuestro Señor, alegando para esto aquel lugar de Jeremias: „ *Obstupefcite caeli super hoc.* Y es verdad cierto, „ que dixo esto con tan gran espanto, y espíritu,

que me pareció que hacia temblar las paredes
de la Iglesia.

El Doctor Don Francisco de Terrones, Obispo de Leon, Predicador del Rey, persona muy conocida en estos Reynos, por su eminencia en el Pulpito, en un Tratado, que anda fuyo del Arte de Predicar, dice así: „En nuestros tiempos
hemos conocido al Maestro Juan de Avila, y al
Padre Lobo, y à otros santos, que no rebolvian
muchos libros para cada Sermon, ni decian muchos conceptos, ni éssos que decian los enriquecian mucho de Escritura, exemplos, ni otras galas, y con una razon que decian, y un grito que daban, abrafaban las entrañas de los oyentes. Y en tiempo que predicaba en Granada el Maestro Avila, predicaba juntamente con él otro Predicador, el mas insigne, y de mayor fama, que ha tenido nuestra edad: y quando fallian los oyentes del Sermon de este, todos iban haciendose cruces, espantados de tantas, y tan lindas cosas, tan linda, y gravemente dichas, y tan provechosas. Mas quando fallian de oír al Maestro Avila, iban todos las cabezas baxas, callando, sin hablarse unos à otros, encogidos, y compungidos à pura fuerza de la virtud, y excelencia del Predicador.

De

De los principios, que hasta aqui hemos dicho, procedia su eloquencia del encendido amor de Dios, de las entrañas de compasion de los proximos, del deseo vehemente de su aprovechamiento, nacia como de fuentes aquella rethorica divina, que persuadia quanto predicaba. Es propiedad de todos, los afectos, y pasiones, mayormente quando son vehementes, hacer eloquentes à los hombres, y entre todas el amor, y el dolor son los Tulios, y Demostenes, que dan mayores preceptos. Su language era propio, casto, y natural, sin genero de artificio, ni afectacion; mas como si hablara la naturaleza bastante à explicar sus conceptos, sin duda el mas convenienté para persuadir, y mover los corazones, acumulaba razones, y éstas eficaces, sin parar hasta vencer. Fue de verdad eloquentissimo, porque si es el mejor Medico el que à mas sana, esse sera verdaderamente eloquente el que con mayor fuerza persuadiere la prueba de esta verdad, es la mayor parte de esta Historia. No careció de la rethorica humana, y sus preceptos, tropos, y figuras, si bien no pretendida por él, porque mayor enseñanza le movia la lengua. Haviendo el Padre Maestro Fray Luis de Granada venido à verte à Montilla, leyò un Sermon, en que habló con levantadissimo espíritu, de que quedaron todos admirados. Co-

G 2

mien-

niento este dia juntos, le dixo el Padre Fray Luis. Cierto, Padre Maestro, que no ha dexado oy vuestra Reverencia piedra en la Rethorica, que no haya movido. Respondiò el fante Maestro: No me cuido de esto en verdad; y pidiendole el Padre Fray Luis el Sermon para copiarle, facò del seno una dobladura de una carta, donde en pocos renglones estaban los puntos reducidos.

Procediò en gran parte su eminencia en el oficio de la Predicacion, y en el gobierno de las almas, que estaban à su ensenanza, de la alteza de los conceptos, que tenian de las virtudes, y de todas las cosas espirituales. Entendiò primorosamente este negocio de la Christiandad. Esto naciò de la grandeza de su santidad, porque su vida, superiormente levantada, y muy extraordinaria del comun vivir de los hombres virtuosos, le diò eminente conocimiento de las virtudes, y de las cosas divinas. Supo estimar, y ponderar la dignidad, y quilates de las cosas espirituales, con el juicio de Dios, y de los Santos, que dan à cada cosa su peso, conforme à su verdadero valor.

El fin de su predicacion era sacar las almas, que estaban caidas, y muertas en pecados, ordenando todas las razones, y sentencias à este intento, por tocar à tan gran parte del Pueblo esta desdicha. Daba tambien doctrina para conservar las

almas que vivian, y aventajarlas en las virtudes; mas lo primero era lo que señaladamente pretenia, y así tenia por impertinentes todas las cosas, que no hacian à este intento; y esto le impelia hablar siempre al corazon, sin divertirse à otras materias fútiles, y curiosas. Ni paraba solamente en mover los corazones al temor, y amor de Dios, y aborrecimiento del pecado, sino tambien proveia de avisos, y recetas espirituales contra todos los vicios, en especial el pecado mortal, que comprehende à todos. Finalmente, no le quedaba medio, que no intentasse, ni piedra que no moviesse, hasta bair el inexpugnable castillo del corazon humano, y rendirle para Dios: andaba siempre absorto en este pensamiento, como hombre enseñado de Dios, y que conocia las veras del oficio del Predicador. Muchas veces, llevado del espiritu, decia muchas cosas, que no traia prevenidas. En una ocasion, dexando todo lo que traia estudiado, enderezò el discurso à la defensa de nuestra Santa Fè, y Religion Sagrada, y confutò una Secta, de que resultò convertirse un Moro, ò otra persona de la Secta confutada.

Daba el alma à todos estos intentos la oracion, que era en este Varon santo la que adelante veremos. No predicaba Sermon, sin que por muchas horas la oracion le dirigiesse. Allí se acrisolaban los

con-

conceptos, y se le infundia vida: allí se le daba corte à las razones que herian en los corazones mas duros. Tomaban viveza sus palabras, mas penetrantes que espada de dos filos: aqui se renovaba el espíritu, y aumentaban vigor aquellos impetus, que se executaban en el Pulpito: en la oracion suplicaba à nuestro Señor intimamente diéssle virtud, y eficacia à sus palabras: pedia la conversion de las almas: en ella negociaba el truceo de los corazones, la mudanza de las vidas: aqui las lagrimas sobre los pecadores, los gemidos que penetraban los Cielos. A esta virtud se febe lo que fue este Predicador Evangelico, lo que obraron sus Sermones, y su vida; y así afirmaba, que los hijos espirituales, que con la predicacion se ganaban, mas eran hijos de lagrimas, que de palabras. Los frutos de esta predicacion pueden dificultosamente reducirse à numero. Quien contará los Cavalleros profanos, trocados en Cavalleros cuerdos, modestos, y de loables costumbres? Tantos ricos derramando sus haciendas, passandolas donde las pudiesen gozar eternamente? Tantos pobres ocupados en obras de misericordia, y caridad? Quantos Mercaderes ricos trataron de las granjerías verdaderas, ajustandose à lo seguro, y licito: Las mugeres, que llegaron à los supremos grados de perfeccion, fueron innumerables. Y los que entraron

en Religiones, y salieron varones perfectísimos, no menos los Clerigos, que pudiendo aspirar à Prebendas, y Dignidades grandes, las dexaron, y vendieron sus haciendas, professando la pobreza Evangelica con vida exemplarissima, cuidando de su salvacion, y la de sus proximos, permaneciendo todos con una perseverancia admirable: dióle Dios tal eficacia para reducir, y levantar à Dios muchas almas, que fueron raras, ò ningunas las que una vez tocadas de sus palabras bolviessen atrás en lo comenzado.

Este es, Lector Christiano, un bosquejo, no del todo bien formado, de lo que fue este Varon Apostolico en el oficio de la Predicacion del Evangelio: sus efectos fueron materia de los discursos que se siguen: el fruto grande que con ella hizo, consiguió la santidad de su vida, y la excelencia de sus virtudes, que tienen su lugar mas adelante; empero es de advertir en este, que sus obras fueron las que ayudaron grandemente à las palabras, porque no predicó lo que no hacia, y se ha de colegir la grandeza de su predicacion, por la de su santidad, dexando por cosa cierta, que la bondad de su vida, que fue en todas maneras grande, dió eficacia à sus palabras.

Pareceria por ventura à alguno, que era de este lugar celebrar con dilatados elogios el alto mi-

ministerio de la predicacion Evangelica, que tuvo en la Iglesia nuestro Venerable Maestro, la grandeza de su fin, quan agradable es à Dios exercer el officio à que vino Christo à la tierra, en cuya persona se dedicò el instituto de ser perfectas, y procurar otros lo sean. Compararle con la vida solitaria, y penitente, que dada à la contemplacion en el retiro, solo trata del aprovechamiento propio, acumulando razones en que pareciesse que le hacia ventajas: materia en que se debate contenciosamente: digresion fuera escusada, y en gran parte inutil. Que edificacion resulta de semejantes contiendas, sino desconformidad de voluntades, vandos, dissensiones, siempre con malos efectos: El Espiritu Santo es Autor de las vocaciones, y reparte sus dones soberanos conforme su divino beneplacito: el lleva à la soledad, mueve à la rigurosa penitencia, levanta à la contemplacion, pone Ministros en la Iglesia, no para que unos se prefieran à otros; mas para que cada qual guarde su puesto, y cumpliendo con su instituto, espere de Dios el premio de sus trabajos: que aunque los Santos Doctores de la Iglesia dan à cada profesion sus grados, no fue para contiendas, ni dissension de voluntades, mas para que reconocidos à los beneficios divinos se alentassen al agradecimiento, y correspondencia. Grande fue el Maestro Avila en su ministerio: grandes en aquel

tiempo muchos que habitaban los desertos, los Conventos atendian à dar cuenta cada qual de sus talentos, formando este fortissimo esquadron de la escogida parte de la Iglesia en una union perfecta, en que consiste su principal hermosura.



CAPITULO IX.

*SU PREDICACION EN CORDOVA,
y lo que sucedió en esta Ciudad.*

SON los Predicadores Evangelicos como nubes, (así los llama Isaías) que llevadas por el viento del Divino Espiritu, van fertilizando las almas con las lluvias de la doctrina sagrada: tal fue el santo Maestro Avila, que conociendo la alteza de su vocacion, y los talentos que havia recibido para ella, no cesó, mientras le duraron las fuerzas, de caminar por diversas partes, comunicando el riego de de su doctrina.

No puede facilmente averiguarse la mudanza, que fue haciendo de unos Lugares à otros, ni las veces que estuvo en cada uno, ni importa mucho saberlo, mas que de Sevilla pasó à otros Lugares de su Arzobispado, Alcalá de Guadaira, Xerez,